

## La doble moral europea hacia el mundo árabe

PIERRE SCHORI

¿Podemos los europeos continuar haciendo uso al mismo tiempo de un lenguaje de promoción de la democracia hacia el mundo árabe y de una política que niega en la práctica lo que promociona en la teoría? En una reunión de la Iniciativa Árabe para la Reforma (ARI, en sus siglas en inglés) celebrada en Ammán en abril pasado, el príncipe Turki al Faisal indicó la nueva y proactiva política exterior saudí. “La reforma para los árabes es imperativa, no opcional”. El príncipe respaldó el programa de la ARI pero rechazó “ofertas externas... que se nos presentan con diagnósticos y prescripciones preconcebidas... y perspectivas muy alejadas de la realidad regional”.

El príncipe Al Faisal puso como ejemplo de esa promoción de la democracia realizada por la fuerza el programa de reformas impuesto en Irak. Un esfuerzo por “vestir a ese país con una prenda confeccionada en Washington, en un intento de transformar de un día para otro el país en una sociedad distinta que sirva de ejemplo para un nuevo mundo árabe”. Para el príncipe, que dirige el Centro Rey Faisal para la Investigación y Estudios Islámicos, el fracaso de estas políticas es evidente: “La democracia se ha convertido en un sectarismo odioso, el gobierno de la mayoría se ha convertido en dominación sobre la minoría, la justicia se ha convertido en opresión, el Estado de derecho ha cedido terreno al dominio de las milicias, y los derechos humanos dan paso a sentencias de muerte”.

Al Faisal, que fue embajador saudí en Londres y Washington durante los primeros años de la guerra de Irak y anteriormente desempeñó el cargo de jefe de la inteligencia durante casi 25 años, también dedicó duras palabras al boicot occidental al Gobierno palestino de Hamás y a la guerra contra el terrorismo, “una iniciativa que apunta sus flechas al mundo árabe y musulmán”. Esta política, concluyó, ha sido instrumental en las condiciones de deterioro en el mundo árabe y ha “incitado el extremismo y los excesos, y a algunos de nuestros jóvenes a buscar un salvador, incluso si es totalitario

y autocrático”. El discurso del príncipe fue respaldado, especialmente en lo referente a las actuales políticas de la Unión Europea y EE UU en contra del Gobierno de Hamás, por los 10 representantes de los institutos de estudios de otros tantos países de la región que forman parte de la ARI.

Es obvio que los europeos que apoyamos la reforma en los países árabes nos enfrentamos a un problema. No hablar en voz alta en contra de la actual posición común europea, cuyos efectos están siendo muy negativos, nos hace vulnerables a acusaciones de doble moral. No reconocer al Gobierno elegido democrá-

ticamente en los Territorios Ocupados de Palestina y si castigarlo económicamente, justo cuando Washington y Bruselas dan muestras de estar buscando el acercamiento a Damasco y a Teherán, da a entender que no nos tomamos en serio nuestras declaraciones y llamamientos a la democracia en el mundo árabe. Para muchos participantes en la reunión de Ammán, así como para millones de personas en la región, la posición europea muestra una voluntad de que haya un cambio de régimen en Palestina. Otros pusieron de relieve la contradicción de las políticas de Occidente: en su día se pidió al entonces presidente Yasir Arafat

que definiera de forma clara y separara constitucionalmente los poderes del presidente y del Gobierno; hoy, cuando el resultado de esa separación no es de nuestro agrado, pedimos al presidente palestino que haga uso de unos poderes que constitucionalmente ya no posee. Más aún, un destacado investigador de la región afirma que el apoyo militar extranjero para reforzar a la guardia del presidente contribuyó al riesgo de una guerra civil.

Henry Siegman, conocido experto estadounidense en Oriente Medio, de origen judío, afirmó que fue de hecho gracias al relanzamiento del plan de paz de Beirut de 2002 por parte del Rey

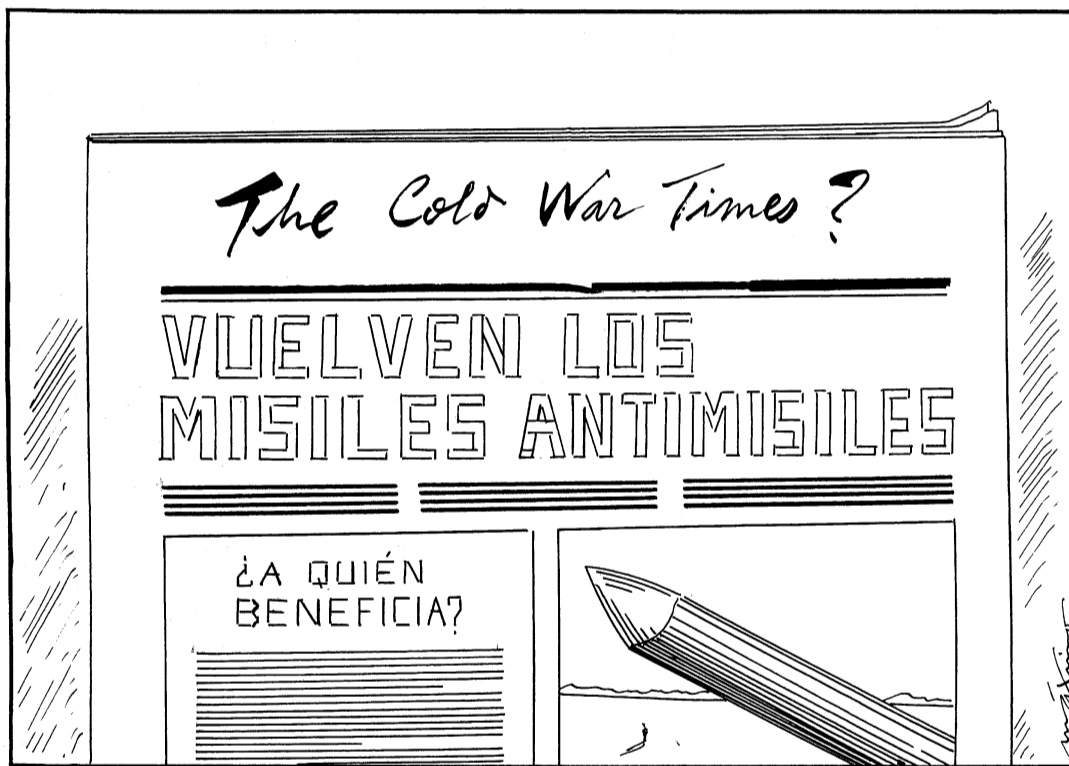
saudí y de la Liga Árabe que se consiguió evitar una guerra civil en Palestina. Otra opinión expresada en la reunión de Ammán fue que el Gobierno de unidad palestino es de hecho un ejemplo de lo que realmente necesita el mundo árabe: la integración del islamismo en el contexto político, un argumento presentado en EL PAÍS el 12 de abril por el ex canciller israelí y vicepresidente del Centro Internacional de Toledo para la Paz, Shlomo Ben Ami. Añadiría que, gracias a la inclusión de la OLP y de su presidente en el diálogo político, como resultado de un proceso del que fui testigo directo, Yasir Arafat y su organización finalmente aceptaron renunciar a la violencia y reconocer el Estado de Israel. En ese caso, el papel que jugaron Willy Brandt, Bruno Kreisky, Olof Palme y Felipe González fue muy importante.

A mi juicio, en este contexto, acabar con el boicot y empezar un debate de principios con el Gobierno de unidad nacional palestino, como se hizo con Arafat, es una receta mucho más adecuada para la UE que observar pasivamente el aumento de la angustia y de la desesperación, de la miseria y de la ira en los Territorios Ocupados.

La presidencia finlandesa de la UE, con el ministro de Exteriores Erkki Tuomioja, intentó cambiar, sin éxito, la actual posición común de la UE. El debate debe continuar. Una posición común se adopta después de una iniciativa y también se puede modificar después de una iniciativa. Noruega, aunque no es miembro de la UE, nos ha mostrado el camino al reconocer al Gobierno palestino de Haniya y empezar un diálogo político serio con Hamás, como nos explicó el ex primer ministro noruego Kjell Bondevik, actualmente miembro del Club de Madrid y también participante en la reunión de ARI. En Oriente Medio nadie tiene nada que ganar con boicots y aislamiento, sólo los extremistas.

Pierre Schori es director general de la Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior (FRIDE). Ha sido enviado especial del secretario general de Naciones Unidas en Costa de Marfil.

MÁXIMO



## Nueva York y la literatura hispanoamericana

CLAUDIO IVÁN REMESEIRA

En un artículo reciente, Mario Vargas Llosa evocaba con nostalgia el París de la década del cincuenta, cuando una serie de escritores primerizos de toda América Latina daba allí los primeros pasos de su experiencia europea. Pocos años después, esos escritores darían a conocer las obras que terminaron de proyectar a la literatura latinoamericana al primer plano de la atención mundial. “El aire, el suelo y el ambiente cultural que los envolvió en la Ciudad Luz —dice Vargas Llosa—, contribuyó de manera decisiva a desarrollar de manera plena su potencia creativa”.

Lo que fue París para la generación del *Boom*, es hoy Nueva York para una nueva generación de escritores hispanoamericanos. La historia de la cultura en lengua española ha estado íntimamente ligada a esta ciudad desde sus orígenes, pero nunca como hasta ahora se había congregado aquí un número tan grande de narradores, poetas y ensayistas de todas las regiones de nuestro idioma común. Esta masa crítica es el hu-

mus de una renovación potencialmente tan importante como la que en su momento representaron el Modernismo o el Renacimiento italianizante que precedió al Siglo de Oro.

Una lista provisional de autores que residen en un radio de dos horas de Manhattan incluye a los españoles Antonio Muñoz Molina, Elvira Lindo, Eduardo Lago y Paquita Suárez Coalla, editora de la flamante antología *Aquí me tocó escribir* —publicada en Asturias por Trabe—, que reúne a la mayoría de los nombres menos conocidos fuera de Nueva York; los mexicanos Carmen Boullosa,

Naief Yehya y Mónica de la Torre; los cubanos José Manuel Prieto, Enrique del Risco, Sonia Rivera Valdés y hasta hace muy poco, José Kozer; los puertorriqueños Lourdes Vázquez, Orlando José Hernández, Ángel Lozada y Giannina Braschi; los dominicanos Sherezada Vicioso y Keysi Montás; los colombianos Jaime Manrique, Carlos Aguasco y Eduardo Marceles; los venezolanos Dina Piera di Donato y Alejandro Varderi, los peruanos Isaac Goldenberg y Mariela Dreyfus; los bolivianos Edmundo Paz Soldán y Eduardo Mitre; los chilenos Cecilia Vicuña, Pedro Las-

tra, Lina Meruane y, por un breve pero activo tiempo, Rafael Gumucio; los argentinos Tomás Eloy Martínez, Sylvia Molloy, María Negroni, Lila Zemborain, Mercedes Roffé y Sergio Chejfec. Otra docena de autores más o menos consagrados podría agregarse a esta nómina, debajo de la cual se extiende un amplio estrato de jóvenes llegados con la marea inmigratoria de los últimos años. Mientras sobreviven semiocultos todavía en las penurias del periodismo local, la traducción o la enseñanza, muchos de esos jóvenes están borroneando ahora mismo el manuscrito de su primera

novela; entre ellos puede hallarse el García Márquez, el Cortázar o el Vargas Llosa de su generación.

Buena parte de la literatura hispanoamericana actual está escrita por expatriados, pero hay tres factores que diferencian a esta ciudad de otros destinos de la diáspora y confieren a la experiencia de Nueva York un papel crucial en la renovación intelectual del mundo que habla española:

1. Como el París de antaño, Nueva York es hoy la capital cultural del globo. Vivir aquí no sólo permite acceder de primera mano a las principales corrientes de la cultura contemporánea (y gracias a sus museos y bibliotecas, también del pasado), sino que obliga literalmente a codearse con una masa humana venida de todos los puntos del planeta. La ciudad de Whitman sigue siendo la ciudad mundial, la ciudad por antonomasia (a los que la identifican con el imperialismo yanqui, les explico que para la mayoría de

Pasa a la **página siguiente**